

Tomelloso

en la

Ruta

del



Enfascado con veinte años mirando D. Quijote, y como lo vio venir, salió de un caballo, y con mucha sorpresa se llegó a él, y preguntóle la causa de la caída en tan fuerte día que se caían: él se que le torturara la cabeza.

SON QUIJOTE. PARTE PRIMERA. CAPÍTULO 14.

QUIJOTE

S IEMPRE que se quiera investigar en los anales de la Historia acerca de algún hecho saliente de la vida de un pueblo, o relacionar entre sí acontecimientos que acaecieron en épocas distanciadas de nuestros días por varias centenas de años, se tropezará con un gran número de dificultades, cuya solución no resulta nada fácil. Pero si en tales casos, al acudir a esos anales históricos, no podemos saciar nuestro deseo de desenmascarar los sucesos relacionados con nuestra investigación, entonces aumentarán esas dificultades y habrá que dirigirse, forzosamente, a la tradición, muy rica, a veces, en noticias de importancia histórica y cantera inagotable siempre, de filones informativos que nos aportan un nutrido número de datos, cuya veracidad queda patentemente demostrada cuando el que investiga sabe apreciar lo delicado de su misión y pone en ella todo el calor de su entusiasmo.

Tal es el caso de cuanto se relacione con las primeras épocas de Tomelloso, ciudad joven, de escasa Historia, que cuenta ahora justamente 414 años.

Al enumerar, anteriormente, las dificultades que se oponen a la labor del que ha de desarrollar un trabajo sobre un asunto cuya importancia prevalece por encima de cuantas consideraciones se hayan hecho menospreciando la autenticidad de la presencia de Tomelloso en la ruta quijotesca, al rozar, de paso, esta creencia de datos históricos, lo hacemos porque, precisamente, en el trabajo que nos ocupa, habrá de ser la tradición y no la Historia la que nos ayude en nuestra misión. Y cuando hay que enfrentarse con una tradición, desgraciadamente, tan poco documentada como la nuestra, es preciso auxiliarse, al mismo tiempo, de la memoria popular, puesto que ella se hermana con la tradición misma, y la que nos refiere lo que a través de los tiempos se conserva por el relato oral de padres a hijos hasta nuestra generación.

Preciso es que retrocedamos a los dos últimos años del siglo XVI. El Tomillar del Cso, aldea que casi contaba setenta años, albergaba, bajo sus sencillas casas, a unos ciento cincuenta vecinos; todos ellos labradores y algunos descendientes directos de nuestros fundadores Aparicio Quiralte y Martín Sánchez. Situado en el término de Socuélamos, el Tomillar se dividía en dos barrios: el Tomillar propiamente dicho y, separado de él unos quinientos metros al Oeste, el Altillo, enclavado entonces en término de Campo de Criptana, y cuyos pocos habitantes veneraban a San Antonio Abad en una pequeña ermita, hoy convertida en casa, en cuya fachada aun puede contemplarse una pintura, ya deteriorada, del santo Patrón. Pero no obstante hallarse en términos de Socuélamos y Campo de Criptana, era con la entonces importante villa de Argamasilla de Alba, de la que sólo distaba seis kilómetros, con la que mantenía todas sus relaciones agrícolas y comerciales y de la que sus aldeanos se proveían de cuanto les era indispensable.

Todas estas tierras y villas se hallaban, a la sazón, enclavadas en una demarcación que pertenecía al Campo de la Orden de San Juan, a la que los naturales tributaban el pago de sus terrenos. Las fincas que circundaban el Tomillar del Cso pertenecían, en su mayoría, a vecinos de Argamasilla de Alba. Pero algunos de estos vecinos demoraban el pago del tributo que la Orden les fijaba, entonces ésta tuvo que recurrir a la vía de apremio y un día apareció en Argamasilla un recaudador de alcabalas.